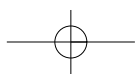
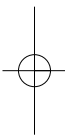


La Celestina, de Fernando de Rojas
Al castellano moderno por Antonio Gálvez Alcaide
Páginas iniciales

Argumento de toda la obra

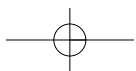
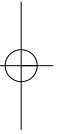
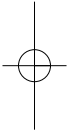
Calisto fue de noble linaje, de clara inteligencia, de gentil disposición, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de mediana estatura. Quedó preso en el amor de Melibea, mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, única heredera de su padre Pleberio, y muy amada de su madre Alisa. Por solicitud del compungido Calisto, vencido el casto propósito de ella (al haber intervenido Celestina, mala y astuta mujer, con dos sirvientes del vencido Calisto, engañados por Celestina y convertidos en desleales, presa su fidelidad con el anzuelo de la codicia y del deleite), llegaron los amantes, y los que les sirvieron, a un amargo y desastrado fin. Para el comienzo de todo, dispuso la adversa fortuna un lugar oportuno, donde a la presencia de Calisto se presentó la deseada Melibea.

SIGUE LA COMEDIA O TRAGICOMEDIA DE CALISTO Y MELIBEA, COMPUESTA EN REPREHENSIÓN DE LOS LOCOS ENAMORADOS, QUE, VENCIDOS EN SU DESORDENADO APETITO, A SUS AMIGAS LLAMAN DIOS Y DICEN QUE SON SU DIOS. HECHA TAMBIÉN COMO AVISO DE LOS ENGAÑOS DE LAS ALCAHUETAS, Y DE MALOS Y LISONJEROS SIRVIENTES.



Argumento del primer acto de esta comedia

Entrando Calisto en una huerta tras un halcón suyo, halló a Melibea, de la que quedó preso de amor y a la que le comenzó a hablar. Rigurosamente despedido por ella, se fue hacia su casa muy angustiado. Habló con un criado suyo llamado Sempronio, a quien, después de muchos razonamientos, mandó ponerse en contacto con una vieja llamada Celestina, en cuya casa tenía el mismo criado a una enamorada llamada Elicia. Esta, al llegar Sempronio a casa de Celestina con el asunto de su amo, tenía a otro hombre consigo, llamado Crito, al que escondieron. Mientras Sempronio está negociando con Celestina, Calisto está conversando con otro criado suyo, de nombre Pármeneo. Esta conversación dura hasta que Sempronio y Celestina llegan a casa de Calisto. Pármeneo era un conocido de Celestina, y esta le dice muchas cosas de su madre, induciéndole a amor y a que sea cordial con Sempronio.



Primer acto

CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO,
CELESTINA, ELICIA, CRITO, PÁRMENO

CALISTO.- En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.- ¿En qué, Calisto?

CALISTO.- En haber dado poder a la naturaleza para que te dote de tan perfecta hermosura que haga que yo no merezca tanto premio de verte, y en tan conveniente lugar para que pueda manifestarte mi secreto dolor. Sin duda, incomparablemente es mayor tal galardón que el servicio, el sacrificio, la devoción y las obras pías que yo le he ofrecido a Dios en esta ciudad y que pueda alcanzar a ofrecerle, cosa que mi voluntad humana ya no podría cumplir. ¿Quién ha visto en esta vida el cuerpo glorificado de un hombre como ahora está el mío? Ciertamente, los gloriosos santos, que se deleitan en la visión divina, no gozan más que yo ahora en la reverencia que te hago. Pero, ¡oh, triste!, que en esto diferimos, que ellos se glorifican puramente, solo en espíritu, sin temor de que caiga su felicidad, y yo, mixto, en cuerpo y alma, me alegro con recelo del terrible tormento que me ha de causar tu ausencia.

MELIBEA.- ¿Por gran premio tienes esto, Calisto?

CALISTO.- Lo tengo tan verdaderamente que si Dios me diera en el cielo la silla de sus santos, no la tomaría con tanta felicidad.

MELIBEA.- Pues parecido galardón te daré yo, si perseveras.

CALISTO.- ¡Oh, felices oídos míos, que indignamente habéis escuchado tan grandes palabras!

MELIBEA.- Pues serán infelices cuando me acabes de oír, porque el pago será tan brutal como merece tu loco atrevimiento. El intento de tus palabras, Calisto, pertenece al entendimiento de un hombre como tú, que quiere perder la virtud de una mujer como yo. ¡Vete! ¡Sal de ahí, torpe! Mi paciencia no puede tolerar que el amor ilícito haya venido de corazón humano para comunicarme su deleite.

CALISTO.- Me iré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su empeño, con cruel odio.

CALISTO.- ¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO.- Estoy aquí, señor, cuidando estos caballos.

CALISTO.- Entonces, ¿por qué sales de la habitación?

SEMPRONIO.- Se cazó el gerifalte y se enderezó en la alcándara.

CALISTO.- ¡Que te lleven los diablos! ¡Que perezcas en desafortunado arrebató, o que consigas un perpetuo e intolerable tormento, el mismo que voluntariamente me traspasa sin comparación con la penosa y desastrada muerte que espero! ¡Anda, anda, malvado, abre la habitación y endereza la cama!

SEMPRONIO.- Señor, eso está hecho.

CALISTO.- Cierra la ventana y deja que la ceguera de la oscuridad acompañe al triste y al desdichado. Mis pensa-

mientos tristes no son dignos de luz. ¡Oh, feliz muerte aquella, la que viene deseada por los afligidos! ¡Oh, si llegaran ahora los médicos Crato y Galieno, sentirían mi mal! ¡Oh, piedad celestial, ilumina el corazón de Melibea, para que no envíe, sin esperanza de salud, a un espíritu perdido con los espíritus del desastrado Píramo y de la desdichada Tisbe!

SEMPRONIO.- ¿Quiénes?

CALISTO.- ¡Vete de ahí! No me hables; si no, quizá antes de mi rabiosa muerte, mis manos causarán tu arrebatado fin.

SEMPRONIO.- Me iré, ya que quieres padecer tu mal solo.

CALISTO.- ¡Vete con el diablo!

SEMPRONIO.- Según creo, no puede ir conmigo quien contigo se queda. ¡Oh, desgracia! ¡Oh, súbito mal! ¿Qué mal acontecimiento hubo para que robara tan rápido la alegría de este hombre y, lo que es peor, junto con ella el juicio? ¿Tengo que dejarle solo o entrar? Si le dejo solo, seguro que se mata; si entro, seguro que me mata. Lo dejo solo; no va conmigo. Más vale que muera aquel a quien la vida es enojosa, que no yo, que me alegro en ella. Yo, sin ver a mi Elicia, no desearía vivir, así que más vale evitar peligros. Pero si se mata sin un testigo, yo quedo obligado a dar cuenta de su vida. Quiero entrar. Pero aunque entre, no quiere consuelo ni consejo. Es señal mortal no querer sanar. Con todo, le quiero dejar solo un poco para que se desahogue, para que madure, que he oído decir que es peligroso abrir o apretar las apostemas duras, porque se hinchan más. Que